



ció el cochero en la puerta al cual hizo una seña, diciéndole:

—Ven acá, Juan.

Juan que había sido ya el intermediario de aquellos amoríos, y que por ello había recibido buenas propinas, corrió al lado del capitán, diciéndole:

—La niña no sabe que está aquí su señoría, pero corro á avisarle, si es que encuentro un pretexto para subir.

—Entonces le darás también esta carta.

Al entregarle la carta puso en las manos del cochero un puñado de pesos, agregándole:

—Esta noche á las ocho vendré yo mismo por la contestación.

La carta era una carta de amor como todas, en que le preguntaba si no lo había olvidado durante su ausencia, si todavía le amaba, etc., etc., y la contestación la obtuvo Ricardo á las ocho en el mismo estilo, con la circunstancia, además, de haber visto á Esperanza un momento asomada al balcón.

En la segunda ó tercera carta Esperanza advirtió á Ricardo que ya sabían en su casa su regreso y que le rogaba no se dejara ver, y usara, tanto para pasar por allí como para escribirle, de las mayores precauciones, porque su padre estaba más intransigente que nunca por quien sabe que nuevas reyertas de vecindad que habían tenido los mayordomos de las haciendas de una y otra familia.

Y tanto se repitieron las quejas y tanto se acentuaron las hostilidades de don Ramon de la Cadena para

con Ricardo, que al fin este se resolvió á dar un paso atrevido, introduciéndose cierto día en su despacho.

Don Ramon era un español altivo, y lo primero que dijo luego que reconoció á Ricardo, fué esto:

—Yo no tengo ningún negocio con usted, señor mio.

—Es negocio mio el que vengo á tratar.

—Tampoco quiero oír los negocios de usted.

—Por favor, señor, exclamó el jóven doblando una rodilla, lo que deseo más vivamente es, que se ponga término de cualquiera manera á las animosidades de familia, que no hay razón para que existan.

—No es usted, sino su padre el que tiene que darme una satisfacción.

—El se la dará á usted, luego que sepa que usted se ha dignado atenderme.

—¿A mí condiciones.....?

—No son condiciones, señor, es una súplica. Yo me encargo de hacer la reconciliación con ustedes.

—Y ¿á qué fin.....?

—¿A qué fin? Usted lo sabe, señor: yo amo á Esperanza y ella también me ama á tal grado que no podremos vivir el uno sin el otro.

—¿Qué es lo que está usted diciendo, desgraciado?

Don Ramon fuera de sí, se levantó y empezó á buscar algo para tirarle encima á Ricardo. Este también se levantó y conociendo que había ido demasiado lejos, se apresuró á decir:

—¿Acaso soy tan indigno, señor, que me tiene usted tal aborrecimiento?

—No quiero estallar, pero usted me obliga, exclamó don Ramon apretando los puños, odio lo mismo á usted que á toda su raza, somos rivales y jamas podremos ser amigos. Renuncie usted á sus insensatas pretensiones y procure no volver á ponerse más al alcance de mi brazo.

—Señor, volvió á decir Ricardo, desplegando una sonrisa amarga, vine humildemente á pedir gracia, resuelto á alcanzarla, ó á.....

—¿A qué.....?

—O á decirle, que usted, señor don Ramon, será el responsable de las consecuencias.

Como Ricardo sabia cual era el efecto que habian de producir estas palabras, las dijo ya cerca de la puerta, por la cual desapareció al mismo tiempo que don Ramon le tiraba con un libro de cuentas que fué lo primero que encontró á la mano, gritándole:

—¿A mí amenazas.....? canallas, basuras estas de Guzmanes.....!

Don Ramon subió tembloroso á referir á su familia la cólera que acababa de hacerle pasar el mequetrefe *aquel*, que no nombraría mas, y prohibió terminantemente á Esperanza bajo penas severísimas, que volviera á entenderse en lo más mínimo con aquel indigno mancebo.

Ricardo, por su parte, que tenia ya mil medios para entenderse con Esperanza, quiso aprovechar los momentos de emoción, que son siempre los mas favorables para sacar partido, la escribió diciéndole que era necesario que hablaran unos minutos, y que al efecto

saliera al balcon de su alcoba al oscurecer sin temor alguno de que la comprometiera. ¡Fía en mí! terminaba diciéndole.

Ella no comprendió el enigma, y obedeció luego que lo juzgó oportuno, asomando primero tímidamente la cabeza.

— ¡Esperanza!

No le cabia duda: habian pronunciado su nombre, y era la voz de Ricardo la que habia llegado á sus oídos muy distintamente; pero ¿en dónde estaba que se oia como si estuviera muy cerca? Entonces se adelantó un poco mas sacando una parte del cuerpo.

— ¡Esperanza! volvió á decir la voz, siempre muy inmediata.

La jóven volvió la cabeza y vió muy cerca de ella en el balcon de la casa contigua á su querido Ricardo.

Los enamorados tienen siempre mil expedientes á la mano para burlar la oposición de los padres, cuando la hay, y el jóven Guzman habia trabajado todo el dia en proporcionarse las llaves de la casa vecina á la de los Cadena, que estaba deshabitada.

Brevemente refirió á su novia los medios que habia empleado, y en seguida le habló del mal resultado que habia tenido la entrevista con su padre.

—Sí, contestó ella, mi pobre padre hizo tal mohina que todos creíamos iba á enfermarse; por fortuna desahogó su cólera con los criados, y ya se calmó un poco. Yo bien te lo habia dicho, Ricardo, los enconos de nuestras familias son tan profundos, que es inútil todo esfuerzo que se haga para calmarlos.

--En la mía no encuentro tan tenaz resistencia, Esperanza, hoy mismo les he hablado de mi amor, de que ya tenían conocimiento por otras personas, y creo, por lo que me han dicho, que aplaudirían fuera este un medio para hacer cesar los disturbios.

--Yo estoy desesperada, le dijo la jóven desentendiéndose de esa noticia que le produjo mortificación, todo el día he llorado por las palabras que me ha dirigido mi padre.

En seguida le refirió todas las protestas, todas las amenazas, todas las prohibiciones que había pronunciado don Ramon. La muerte misma sería poco castigo para la jóven si acaso insistía en desobedecerle.

--¿Y tú, bien mio? le preguntó Ricardo con el tono mas dulce, ¿qué es lo que piensas?

--Yo, no pienso nada, Ricardo, ó mejor dicho, pienso amarte en silencio, consumirme con mis penas y.... morir.

--Tu no eres de las mujeres que se doblegan, Esperanza mía, conozco bien tu carácter, tu no eres tímida, y estoy seguro de que no cederás ante las amenazas.

--Pero crees que he de entrar en lucha abierta con mis padres? y suponiendo que no cometan violencias conmigo, ¿crees que pueda tener la resolución de martirizarlos con los disgustos?

--¿Entonces es á mí á quien piensas sacrificar?

--No lo digas, Ricardo. Sacrificarte á tí, que eres mi dueño, el dueño de mi voluntad y de mi alma? ¡Jamás!

--Pues si cuento contigo, Esperanza, yo te juro arrojar los obstáculos. Si no es hoy, será mañana, será de aquí á un año ó de aquí á diez; pero júrame que no me has de abandonar cualesquiera que aquellos sean, júrame serme fiel á pesar de todo, júrame sostener mi fortaleza con tu amor, júrame no amar mas que á mí en el mundo!

--Te lo juro con toda la fé de mi alma, Ricardo. Presiento la lucha, presiento el infortunio, presiento un porvenir lleno de tempestades, pero estando tambien segura de que me amas, de que piensas en mí á todas horas, de que nunca me olvidarás en ninguna circunstancia, todo, todo lo sufriré con resignacion y con paciencia.

Podían fijarse en ellos los transeuntes, podía ser llamada Esperanza, ó podía ser vista por alguno de su casa desde los otros balcones, y convinieron en separarse para volver á verse allí mismo al día siguiente, pero á las once de la noche, cuando todos estuvieran dormidos, á fin de no despertar sospechas.

Entre tanto don Ramon había redoblado su vigilancia encargando á su esposa que no se separara de su hija en todo el día para que no pudiera escribir carta alguna, apostando espías en las calles y previniendo á toda su servidumbre que no pasara recado ni papel alguno á la familia sin avisarle, reservándose la facultad de dar los permisos para que su familia pudiera salir á la calle, pues aunque fueran á misa él había de acompañarlas,

A la noche siguiente estuvieron hablando de balcon

á balcon por una hora larga, y solo se separaron cuando comprendieron que corrían gran peligro de ser observados por las rondas, por los serenos, por los capitanes de vigilancia y por otras autoridades civiles y militares que pasaban á pié y á caballo de cuando en cuando. Ricardo podía ser detenido al volver á su casa á horas avanzadas en aquellos dias en que los iturbidistas eran considerados como enemigos peligrosos, principalmente si habían sido militares del imperio.

Acordaron por lo mismo ambos jóvenes dejar pasar cuatro dias y volver á verse al quinto á las cuatro de la mañana para conversar hasta el momento en que llegaran los primeros albos de la mañana.

Si bien estuvieron hablando á esas horas con toda tranquilidad, observaron que habían corrido el peligro de ser sorprendidos por don Ramon que era muy madrugador y que temprano abria su balcon, lo cual puso en aprietos á Ricardo que no pudo salir de la casa contigua por temor de ser visto hasta las siete, hora en que el padre de Esperanza fué llamado á tomar su desayuno.

Las entrevistas se siguieron verificando á diversas horas, no obstante esas pequeñas dificultades, pero entonces se presentó otra mayor, y era que se extrañaba que la casa, cuyas llaves tenia Ricardo, permaneciera tanto tiempo vacia, que el propietario de ella á pesar de haber recibido una cantidad mientras se le resolvía si se tomaba ó no la casa en arrendamiento, exigía que se ocupara ó se devolvieran las llaves. Esto y el haberse avivado en ambos jóvenes la llama del amor, los resolvió á cometer la mayor de las impruden-

cias. Esperanza consintió, despues de presentar muy débil resistencia, en que Ricardo hiciera una tentativa para descolgarse del balcon suyo al de ella que estaba un poco mas bajo. El jóven había estudiado bien la maniobra y la practicó con la mayor facilidad. Todo fué asunto de pasar una cuerda larga por los barandales de los dos balcones y despues de darle tres vueltas á fijar los extremos en el de arriba.

En la primera noche Esperanza cerró las persianas, y los dos jóvenes se estuvieron afuera de la alcoba, cogidos de la mano y reclinados en el barandal. En la siguiente noche Esperanza puso dos sillones un poco mas adentro dejando el balcon abierto como si así la claridad del cielo le sirviera para proteger su virtud. Pero á la tercera noche las caricias de Ricardo fueron tan ardientes, los besos tan repetidos, las palabras que pronunció fueron tan conmovedoras, que la misma Esperanza cerró las persianas para que no les molestara el frio, quedándose los dos amantes á oscuras.

Ricardo había penetrado á la alcoba de Esperanza á las once de la noche, debía retirarse á las doce..... ¡qué sorpresa para ambos jóvenes cuando vieron entrar los primeros albos del dia por entre los intersticios de las persianas.....!

### CAPITULO XIII.

#### LLUEVEN PRONUNCIAMIENTOS.

Tres ambiciones muy grandes ejercian un dominio pleno en el carácter de Santa Anna: la de figurar mucho, la de ser rico y la de ser amado de las mujeres. Ya se comprenderá qué teatro tan vasto se le presentó para todo esto en la Península yucateca. Después que satisfizo las dos últimas, se consagró á la primera pretendiendo organizar una expedición armada para apoderarse de la Isla de Cuba. Si el Gobierno lo hubiera dejado, allí habria acabado el ambicioso ó..... hubiera llevado á cabo una empresa que le hubiera llenado de renombre. Su proyecto que describió al gobierno del general Victoria, consistía en sorprender con quinientos hombres de buena tropa el castillo de la Cabaña en la Habana, para de allí continuar la conquista de la Isla, que segun él le habria inmortalizado.

Cuando se tuvo conocimiento en el Palacio Nacional de la temeraria empresa de Santa Anna, se dividieron las opiniones de los ministros: el de la Guerra, que lo era Gomez Pedraza, dijo:

—No estoy porque se apruebe tal calaverada, pero una vez que Santa Anna la lleva á efecto, bajo su exclusiva responsabilidad, estoy porque el gobierno se haga el disimulado. Si triunfa Santa Anna, lo que es casi imposible, algo se ganará; pero si lo matan, mas se ganará indudablemente con que desaparezca un hombre díscolo y perverso.

Sin embargo, el Gobierno se apresuró á destituir á Santa Anna del mando de la Península, y éste guardó profundo rencor á Gomez Pedraza, porque fué informado de sus palabras.

Una vez destituido del gobierno de Yucatan, se volvió á Veracruz á sacar partido de su cargo de vicegovernador, aun antes de recibir órdenes, como militar, ni menos la escrita que se le habia prevenido para que en ningun tiempo pudiera separarse de aquella Provincia, faltando así á la disciplina, segun su costumbre, seguro de la impunidad de que se podia disfrutar en aquellos tiempos por los audaces, componiendo los asuntos mas peliagudos con un pronunciamiento, viniendo á servirle al efecto á las mil maravillas el de Montañó, que aconteció en aquellos dias, quien proclamó un cambio de Ministerio y la abolicion de las sociedades secretas.

—¡Diablo! exclamó Santa Anna, cuando se habia puesto en camino en busca de los pronunciados, y le

enseñaron el plan, si yo soy grado 30 del rito escocés, cómo voy á componérmelas?

Y se situó en Huamantla á observar los acontecimientos. Desde allí vió que se ponía á la cabeza de la nueva revolucion el general Bravo, que era grado 33 y además vice-presidente de la República, y entonces quiso hacerse valer, escribiéndole que le ayudaría con sus elementos y se pondría con ellos en actividad, si le ofrecía la banda de general de Division y el nombramiento de segundo en jefe del Ejército. El punto de disolver las asociaciones secretas era lo de menos, pues ó no se cumplía con ese artículo ó se cumplía, y tambien le importaba muy poco.

Apenás habia comenzado á escribir á sus amigos de la provincia de Veracruz y á ponerse en contacto con los revolucionarios Bravo y Montañó, sin que nadie les hubiera secundado, cuando vió que Guerrero por parte del gobierno llevaba tres tantos mas de fuerzas, y entonces Santa Anna dijo al secretario que lo acompañaba llamado Pedro Tellez:

—No escriba vd. una carta mas á favor de Bravo y antes bien rompa todos los papeles que puedan comprometernos. Ya no vamos á unirnos con Bravo sino con Guerrero.

Y poniéndose al frente de ciento cincuenta hombres que se le habian reunido con unos quince oficiales de sus partidarios, fué al encuentro del general Don Vicente Guerrero y sin mas ni mas se le presentó diciéndole:

—Aquí estoy.

—¡Cómo! general, exclamó Guerrero sin poder disimular su asombro; me habian asegurado que era usted de los pronunciados.

—Usted puede creer, mi general, que yo podia pronunciarme contra el Gobierno del general Victoria que es mi protector? ¡Imposible! antes bien vengo corriendo á ofrecer á usted mis servicios, y de este paso he dado ya cuenta al supremo gobierno.

—Tambien por mi parte voy á hacerle alguna consulta, porque estoy entendido de que el gobierno contaba con utilizar los servicios de usted en alguna otra parte.

—En efecto, Gomez Pedraza no queria que me viniera de Yucatan; pero yo me he entendido en lo particular con el Presidente Victoria.

—Dé manera que trae usted alguna comunicacion?

—Traigo varias en mi equipaje, pero la mas decisiva me llegará tal vez mañana, que es cuando espero el regreso de un extraordinario que mandé á México desde Huamantla.

En efecto, Santa Anna que era precavido y que nunca hacia sus intrigas á medias, tuvo cuidado de escribirle á Victoria, que luego que habia sabido la rebellion de Montañó, habia volado, como era de su deber, aun sin esperar órdenes, á tomar la justa defensa del gobierno de quien era leal servidor.

—Está bien, le dijo todavia Guerrero, yo soy gran maestre de los yorkinos y Bravo es gran maestre de

los escoceses á cuyo rito sé que tambien pertenece vd., ¿no tiene vd. ningún escrúpulo en ir á bñtir á su jefe?

—Tan no lo tengo que cuando estemos al frente de Bravo yo propondré á V. E. un buen plan para capturarlo, que me dará resultados infalibles.

Tanto los miembros del gobierno como el general Guerrero fingieron creer en las protestas de adhesion de Santa Anna, proponiéndose vigilarlo, porque tenían en las manos las pruebas de su infidelidad, disimularon la circunstancia de conocer su conducta, y le contestaron que aceptaban sus interesantes servicios, dándole el mando de una Brigada, en cuyos cuerpos no habia mas que coroneles y oficiales de toda confianza.

Llegaron frente á Tulancingo que era el punto en que se encontraba Bravo con unos seiscientos pronunciados y Guerrero, de acuerdo con Santa Anna, provocó un arreglo con Bravo para tratar de que ajustaran un armisticio de ocho horas. Santa Anna aprovechándolo se metió á Tulancingo con sus tropas, sin que nadie se lo impidiera y se apoderó de Bravo como habia ofrecido, y al entregárselo á Guerrero, le dijo:

—Ese es el plan de que hablé á V. E. como infalible, y esta es la prueba mejor que puedo dar al supremo gobierno de mi lealtad.

Así fué como murió en su cuna aquella revolucion.

Cuando Santa Anna iba custodiando á Bravo, que era llevado preso á México, le dijo al oido:

—No se afija, general, la que yo les preparo no fracasará.

Despues fué desterrado Bravo con otros oficiales y en la navegacion murió el coronel Don Manuel Santa Anna, hermano del general, que por culpa de este se habia comprometido en aquella desgraciada revuelta.

Al general Don Antonio nada de esto le importaba porque iba á su objeto.

Sucedió entonces que Barragan, gobernador de Veracruz, se apresuró demasiado á pronunciarse por el plan de Montañó, con la mira de que Santa Anna no se le sobrepusiera, errando completamente sus cálculos, pues que una vez que hubo quedádose solo en la liza, tuvo que entregarse, y fué depuesto del gobierno y metido en una prision. Entonces Santa Anna con uno de aquellos rasgos de audacia que tanto le distinguian, fué y se apoderó de Veracruz como vice-gobernador, llenando de asombro á sus amigos y enemigos, pues que entonces ya todos le temian, porque ninguno sabia á qué hora se les voltearia. Así es que unos y otros se propusieron vigilarlo y principalmente el gobierno de México, porque ya sabia que donde quiera que estuviera Don Antonio Lopez, tenia que estallar por fuerza un pronunciamiento.

Por de pronto el congreso veracruzano lo depuso y mandó que se le formara causa, entre otros delitos por el de peculado: ya se habia dedicado entonces á comprar haciendas con los fondos públicos que hacia que de buena ó de mala manera cayeran en sus manos: lo

del proceso no fué del agrado del general, y comenzó á buscar un pretexto para pronunciarse, encontrándolo plausible en la cuestion electoral que estaba muy ardiente en México entre Guerrero y Pedraza. Si bien poco antes habia defendido á este contra Bravo y Montañó, ahora iba á encontrar la oportunidad de vengarse de él por aquellas palabras de que *lo dejaran que pereciera en su loca tentativa de apoderarse de la Habana para que el país se librara de un hombre tan pernicioso.*

Burló, pues, al Congreso que lo encausaba, así como al general Mora, comandante general de Veracruz que lo tenia libre en Jalapa bajo su palabra de honor, y evadiéndose de allí el 11 de Septiembre de 1828 con una parte del 5.º batallon y un escuadron de caballería, mandado por D. Mariano Arista, se dirigió á Perote con cuya guarnicion contaba, y allí proclamó la eleccion libre del Gral. Guerrero para Presidente. ¡Debió tener gracia en aquel entonces, eso de proclamar una eleccion libre del pueblo por medio de las armas! En su proclama puso verde Santa Anna á Gomez Pedraza, que era el candidato contrario de Guerrero, y quien realmente habia ganado ya la eleccion. Santa Anna se apoderó allí mismo de 400 hombres que se mandaban en cuerda á Veracruz, vistiéndolos y armándolos con los elementos que habia en la fortaleza: en Tepeyahualco se apoderó de una conducta de caudales que se remitia á Jalapa por el gobierno, y ya

tuvo un ejército de dos mil hombres con que comenzar la campaña.

Si bien los pronunciamientos se menudearon por todas partes, como era de costumbre, pues que bastaba que uno diera el grito para que los demas lo secundaran, como Santa Anna personalmente siempre era desgraciado en el comienzo de sus empresas, pronto fué derrotado hasta tres veces, teniendo que ir á refugiarse en Oaxaca, perseguido, no solo por las fuerzas del gobierno, sino por un decreto terrible del Congreso, en que se le declaraba fuera de la ley y se ponía á precio su cabeza. Allí estaba el revolucionario en el último extremo, sin encontrar agujero en donde meterse y meditando la manera que le proporcionara aunque fuera el modo de salvar el pellejo, porque ya su causa estaba enteramente perdida, cuando de la noche á la mañana, á virtud del pronunciamiento que se verificó el 30 de Noviembre en la Acordada por el coronel Don Santiago Garcia, desgraciado instrumento de los caudillos Lobato, Zavala y Guerrero, pues que murió en los primeros encuentros, vino á desenlazarse por de pronto la revolucion con la huida de Pedraza, y con el nombramiento que hizo Victoria de Guerrero para Ministro de la Guerra, no sin que los de la Acordada hubieran dejado de saquear antes, como de costumbre, el Parian, los almacenes y el Palacio del Gobierno.

Como Santa Anna en su plan revolucionario habia

pedido la expulsión completa de los españoles, tuvo que decretarla Victoria poco antes de entregar el gobierno á Guerrero, declarado ya Presidente por el congreso en virtud de la revolución.

El corto periodo de gobierno que se dejó á Guerrero, estuvo, como es sabido lleno de turbulencias, siendo una de las primeras la invasión de Tampico por fuerzas españolas mandadas de Cuba á las órdenes de Barradas.

Santa Anna que habia quedado triunfante, aunque siempre desconfiado de todos, estaba ya meditando un nuevo pronunciamiento en Jalapa en donde tenia unos mil hombres reunidos, cuando con gran regocijo vió presentársele la coyuntura de lucirse con la invasión extranjera. Sin esperar órdenes del gobierno se precipitó para Tampico, poniéndose sobre la marcha de acuerdo con el general Terán que iba para San Luis y juntos lograron hacer rendir á Barradas, siendo premiados ambos con las banderas de generales de División.

He allí pues lograda una de las principales ambiciones de Santa Anna á una edad en que pocos hombres llegan á tal altura: Santa Anna era general de División, esto es, se encontraba ya á un paso de la Presidencia en la cual no dejó de pensar desde aquel momento.

Sanchez Facio, que fué uno de los hombres mas intrigantes y malvados que habia en aquella época, hizo

pronunciar al vice-presidente Bustamante contra Guerrero y cuando iban con el Ejército que este les habia confiado, con dirección á la capital abandonada ya por el Presidente, Santa Anna se pronunció contra los pronunciados en Jalapa, no habiendo de pronto contra quien mas pronunciarse; pero luego que vió la cosa perdida disolvió á la poca gente que tenia y fué á ocultarse en su hacienda de Manga de Clavo de que ya era propietario.

El partido que se habia estronizado con Bustamante era el monarquista que se ocupó en destruir á los republicanos y en mandar asesinar á Guerrero, haciéndose odioso al país, de cuya circunstancia se sirvió Santa Anna para hacer pronunciar al coronel Landero que murió en la sangrienta batalla de Toluca ganada por las fuerzas del gobierno á Santa Anna. El pronunciamiento habia sido solo pidiendo la caída del ministerio.

No habiendo dado resultado este plan en 1831, se proclamó otro por el mismo Santa Anna llamando al que tenia por su mayor enemigo, á Pedraza, haciéndolo que retirara la renuncia que del cargo de Presidente habia hecho en las elecciones anteriores, que le fueron favorables.

Como Pedraza era popular, aquél plan prendió, y en Diciembre de 32, terminó la nueva revuelta con el convenio de Zavaleta, conforme al cual debían hacerse nuevas elecciones bajo la presidencia de Pedraza, que no era al fin mas que uno de tantos instrumentos de Santa Anna, quien consiguió al fin que en 1833